

LUIS E. KUON CABELLO
RETAZOS DE LA HISTORIA
DE
MOQUEGUA
CAPITULO XIV.— MEDITACIONES
MEDITACIONES

Domingo Nieto es el militar valiente y pundonoroso, defensor de la Constitución y las leyes; Mariano Lino Urquieta es el verbo que convierte en fuego su oratoria en defensa de las garantías individuales y sociales; Mercedes Cabello de Carbonera es el exponente de la cultura, cuyas novelas consagran su fama nacional y continental; José Carlos Mariátegui es el ideólogo profundo de extensión universal en aras de un justo y mejor ordenamiento social; y mucho antes, Juan Vélez de Córdova en Oruro en 1737 como "Precursor del Cacique de Tinta", y Manuel Ubalde en 1805 en el Cuzco, son patriotas conspiradores que levantan su voz ante el dominio español, por el sacrosanto derecho a la libertad. Y Nieto, Urquieta, Cabello de Carbonera, Mariátegui, Vélez de Córdova y Ubalde, son seis auténticos moqueguanos, de cuya actuación, ejemplo para las generaciones presentes y futuras, se enorgullece Moquegua, porque en el actuar de cada uno de ellos, se trasunta la viril historia de un pueblo que no es de claudicaciones ni de cobardías. Porque por sus hombres que conspiraron en la Colonia, porque sus jóvenes que participaron en las luchas por la emancipación y en la consolidación de la República y por la actuación de su pueblo en defensa de su suelo cuantas veces fuera hollado, se tocaron siempre las campanas de la gloria, cuyo tintineo repercutirá como

un eco, que siempre se repetirá en todos los tiempos en las páginas imborrables de la historia.

o o o o o

Moquegua, tiene una tierra pródiga en recursos naturales; tiene un mar anchuroso y tranquilo de abundante pesca; tiene una Cordillera rica en minerales; tiene un sol esplendoroso que hace de su clima una eterna primavera; tiene un cielo que luce cada día la limpidez azul del firmamento; tiene mujeres bellas y sazonados frutos; tiene mucho que otros pueblos no tienen, pero tiene también poco de lo que otros pueblos alcanzan: el apoyo necesario y sin restricciones para resurgir. Ha gritado, grita y gritará; ha clamado, clama y seguirá clamando por su desarrollo. Si no los hombres, Dios, Santa Fortunata y los manes de sus antepasados los oirán o el eco de su clamor, repercutirá en el futuro como un grito de insistente, obstinada y suprema aspiración.

o o o o o

Pueblo como el de Moquegua, con características de vida familiar colectiva, ha tenido empero, resabios de colonialismo y rezagos de preeminencia virraynaticia que, por felicidad han ido desapareciendo, produciendo en el pasado hondos distanciamientos entre los miembros de la familia moqueguana. Con defectos que muy benignamente saben disimularse, las divisiones y animadversiones, los distingos sociales y las diferencias de fortuna, las vanidades de la alcurnia y el orgullo egocentrista de todos, desaparecen sin embargo, ante la unidad que crea la desgracia o ante el requerimiento que se hace a las virtudes caritativas que enaltecen al moqueguano. Y es también su fecha aniversaria, un motivo de unidad, porque el pobre y el rico, el empleado y el obrero, el industrial y el comerciante, el agricultor y el labriego, y todos, hombres y mujeres, adultos y niños, se congregan en su plaza para celebrarla, al margen de los resquemores, de los resentimientos y de los insulsos devaneos sociales. Y esa unidad es la que Moquegua necesita fortalecerla, para hacer de ella una irrompible cadena constituida por sólidos eslabones de buena voluntad y conseguir lo que se pretende, para realizar lo que se aspira, para alcanzar el respeto que merece y para organizar y apresurar la reedificación de su grandeza.

o o o o o

Cada año que festeja Moquegua su aniversario, es un año más que va sumando en su conciencia colectiva las experiencias aleccionadoras del triunfo o del fracaso. Y en cada año se va reafirmando el propósito de seguir adelante, porque en el curso de los 365 días pasados, la voluntad de vivir mejor, de emerger unos centímetros más de la mar inquieta de los afanes cotidianos, ha-

cen al individuo y a los pueblos más fuertes con cada triunfo y con cada caída; con cada acierto y con cada yerro; con cada hora de optimismo o con el minuto de desmayo que individual o colectivamente los abatió. Seguir adelante, siempre adelante, debe constituir la aspiración y meta como persona o como ente gregario, suprimiendo del camino los abrojos que herir pudieran sus sanas intenciones, afirmando con sus pasos la huella imborrable de acciones que puedan superarse o dignificarse, pero nunca vilipendiarse o menospreciarse. Seguir adelante, siempre adelante, mirando no sólo la lejanía, traspasando la muralla que limita el horizonte, sino también dirigiendo la vista hacia la altura, hacia la luna y las estrellas que irradian con su luz, la belleza azul de la amplitud que siempre satisface el espíritu y amengua la tormenta de las pasiones.

o o o o o

En sus campos sembrados de espigas que ondulan acariciadas por el soplo de la brisa; en sus vides de sarmentosos tallos y apretados racimos; en sus potreros en donde vacas de exuberantes ubres rumian los verdes brotes de la tierna alfalfa; en las pequeñas parcelas de cuyos surcos brota la efímera vida de sus preciadas hortalizas; en sus frutales de cuyos tallos penden provocativos frutos pero carcomidos por la mosca de la fruta; en su gélida Cordillera con sus entrañas enriquecidas por el cobrizo y promisor metal, y en su mar de apacibles aguas y variada y abundante pesca, entonces Moquegua un himno al trabajo que bien quisieran todos sus pobladores se convirtiera, sin el espectro desconcertante de la sequía, en canción eterna que arrullara sus sueños de grandeza y sus más caras esperanzas de prosperidad. Y porque Moquegua no debe ser un punto geográfico más que se pierda en insignificancia en la intrincada nomenclatura de la geografía peruana, por sus hechos gloriosos y sus episodios heroicos, por sus hombres famosos y sus mujeres de nombradía, por sus ricos pencos y sus afamados licóres; el nombre de este pedazo del territorio peruano, debe llevar por doquier, el sello inmarcesible de sus vivencias, que proclamen la existencia de un pueblo digno de ser tenido en cuenta.

o o o o o

Lejos queda el recuerdo de un pasado pleno de molicie y de boato; ostentación de una vida vacua y superficial, tal vez, pero no por ello, manifestación menos expresiva de la bonanza de un pueblo, que con los años ha visto caer, como hojas secas que el viento otoñal arrastró, muchos de los sueños de grandeza que en sus horas de esplendor forjó. Algo queda, sin embargo, que lleva al moqueguano a seguir ilusorio la ruta de un porvenir mejor. Y ello, no se

consigue mirando únicamente hacia arriba, hacia el cielo; en donde la luna y las estrellas rielan en un cúmulo de esperanzas y en un rimerero de ilusiones, sino también, y principalmente, dirigiendo la vista hacia abajo, hacia la tierra, para hundir en ella con el arado de la constancia, la simiente que ha de germinar, para crecer y luego fructificar, para arrancar de ella con la fertilidad del sudor y con la pujanza del esfuerzo, las riquezas latentes que en su seno encierra. Ni debe mirarse sólo hacia atrás, añorando la pretérita prosperidad, sino también hacia adelante, hacia el amplio horizonte que la visión no alcanza. Y sean los mismos hijos de Moquegua, los que se conviertan en la herramienta, el motor y la palanca que hagan posible la recuperación y continuidad de esa grandeza, porque bien puede hermanarse acción con grandeza y seguir viviendo, viendo convertidos los ansiados sueños, en dulce y placentera realidad.

En más de cuatro siglos de existencia, el destino de Moquegua, ha sido las más de las veces, esperar. Esperar unas cuantas migajas de la atención estatal, o unos cuantos mendrugos del Presupuesto Nacional. Por los recursos ictiológicos de su mar tranquilo que mece la inquietud de los porteños y que, en el humo de sus fábricas van elevando al cielo un holocausto de pujanza; por su tierra feraz con que Naturaleza le regaló y que con el surco profundo del trabajo van anunciando el renacer de un nuevo amanecer; y por su mole andina con riqueza incalculables en sus entrañas, cuántas veces, inútil se elevó su clamor, para hacer de su pueblo, no "un mendigo sentado sobre un banco de oro" sino el potentado que aprovecha de sus riquezas, para convertir sus esfuerzos en obra que se levante como ostentación perenne de su voluntad a través del tiempo. Y un pueblo noble, con estos atributos y que también fue grande y próspero en el pasado, como lo fue Moquegua, no es un pueblo condenado a perecer.

Muchas veces se cerró la conciencia colectiva del pueblo moqueguano con el candado de la desconfianza. La desconfianza en los demás la sumó en el hermetismo de un pueblo que por confiar y esperar demasiado, perdió a veces, la fe en si mismo, en su destino y en sus hombres, muchos de ellos en los más elevados escalones de la vida nacional en ocasiones varias. Falsas palabras y vanas promesas, lo condujeron con frecuencia a la apatía que no construye, al conformismo que hizo de la indiferencia una norma de vida y al individualismo que resta eficacia a la acción solidaria de un pueblo. Y pueblo como Moquegua, con variadas riquezas natura-

les, con clima inmejorable, con sol envidiable, con mujeres hacendosas y buenas, con hombres hábiles y talentosos, con gente ávida de despertar de su letargo soñoliento, cuando traspasa los umbrales de "La Patria Chica", no es, ni debe ser un pueblo condenado a marchar a la vanguardia de los pueblos olvidados y mucho menos en los tiempos actuales, en donde su nombre se repite hasta en los más apartados confines del país y más allá de sus fronteras, como sinónimo de poderío económico y de riqueza. Con lanza en ristre y como centauro de su propia grandeza, en tenaz y porfiada lucha el pueblo moqueguano tiene ante sí, el reto de derribar a tres de los enemigos que retardan su progreso: la apatía, el individualismo y el conformismo.

o o o o o

No levante Moquegua pedestales a ídolos con pies de barro, porque cualquier insospechado movimiento, podría traer por tierra la imagen objeto de su adoración. Ni alarde frecuente tampoco se haga, de la ascendencia nobiliaria de sus antepasados, porque en este siglo en que tantas testas coronadas han perdido su corona, los amarillentos pergaminos y los árboles genealógicos de prosapia, bien quedarían sepultados en el arcón de los recuerdos gratos, de donde podrían descubrirse de tiempo en tiempo, sólo como una remembranza histórica del pasado esplendoroso de su pueblo. Ni reverentes tampoco se inclinen ante la riqueza ocasional o permanente de los que puede tomarse el ejemplo edificante del esfuerzo o el trabajo que el amasarla significó. Ni prosternarse debieran, en actitud de servil adulación, ante los falsos valores que la ocasión, la fortuna, la audacia o el arrojo encumbró. Pero sí, descubrirse con respeto ante la virtud y ante el talento. Ante la virtud que hace a los pueblos buenos y dignos y ante el talento que los puede hacer ricos y grandes de espíritu. Esa es, sobre todo, la dignidad y la riqueza a que debe aspirarse como pueblo y como hombres.

o o o o o

No había llegado a Moquegua el ruido ni los efectos de la más grande explosión provocada que registran los anales de la minería en el mundo. Más de un millón y cuarto de toneladas de rocas mineralizadas se vinieron abajo como un deleznable castillo de naipes. Muchos no vieron ni oyeron, pero conocimiento tuvieron de lo que el 25 de Noviembre de 1976, en Cuajone aconteció. Y con ello, en el corazón de cada moqueguano y vecino de Moquegua, se sintió la vibración que el aire y el eco no les llevaron, retumbando también muy adentro y con regocijo en la cuatricentenaria ciudad, porque con cada roca y con cada pedruzco que hacia arriba reventó, se elevaron asimismo, hacia el infinito, las preces de

todo un pueblo, renaciendo esperanzas perdidas y derrumbándose ante ellas las montañas de pesimismo que por tantos años a Moquegua aplanó. Porque ahí, en su territorio estaba Cuajone, no como un quimérico perfil de promesas, sino como una mole gigantesca, tangible y verdadera, asomando refulgente su cobriza crecería en la irregular topografía de su serranía. Y desde ese instante, se presagiaron también vientos de fortuna que soplando a lo largo y ancho del territorio, traerían estampadas en toda su amplitud, el contenido invalorable de estos tres términos: TRABAJO, PROGRESO Y RIQUEZA.

o o o o o

La población de Moquegua ha venido creciendo, dando lugar a la formación de los llamados Pueblos Jóvenes. El Siglo, John Kennedy y San Francisco, Los Angeles, Mariano Melgarejo Mariscal Nieto, son expresiones del movimiento demográfico de su población, aumentado en doce veces, ya que hace cuatro décadas llegaba sólo a los cuatro mil habitantes. Verdaderos miradores rampantes han venido escalonándose en las faldas de "Chenchén" y "El Portillo" al amparo de "La Cruz del Siglo" del cerro "El Calvario", teniendo al frente, el verde edénico de su hermosa campiña como un retazo de esperanzado optimismo en el desarrollo del agro de su fecunda tierra, y abajo, la visión panorámica de la vieja ciudad, con sus calles estrechas, empinadas y tortuosas que en trechos semejan al recorrido de un gigantesco reptil; con sus casonas solariegas de anchos muros de piedra y adobe, que terminan en techos de mojinete, de dos aguas para que resbale la lluvia; con algunos portales luciendo la heráldica nobiliaria de algún linajudo personaje del pasado, algunas de amplios patios con arcos y jardines que van desapareciendo, cediendo paso al moderno utilitarismo del espacio y que recuerdan la belleza atractiva de las bougainvillas, y la deliciosa fragancia de los diamelos y madreselvas en flor; con dos iglesias en ruinas y otras dos: Santo Domingo y Belén recortando el perfil de sus torres en el firmamento y una plaza con su pila y ficus centenarios, dan a Moquegua la fisonomía de una ciudad de corte colonial, en donde el amor al campo y el culto a Dios, la hicieron próspera por la agricultura y relievieron el espíritu religioso de su pueblo.

Tallos encorvados de hojas mustias y amarillentas; ganado macilento, aherrojado a la estaca, hociqueando los desbroces de hierbas raquílicas y empobrecidas en su savia; hombres sudorosos y cansinos con el dorso al sol y la frente hacia la tierra, afanosos de hacer producir con su esfuerzo, infructuoso en veces, lo que en

años de bonanza le dió la tierra con abundancia y generosidad; y acequias de riego, por las que apenas discurren y corren, corren y descienden hacia los campos asoleados, reseco y ávidos de humedad, pintan la sobrocogedora estampa que con cada año de sequía, pone pinceladas de desconsuelo, angustia y desesperanza para los hombres del agro moqueguano.

o o o o o

¡Agua! . . . ¡Agua! es el clamor de la gente del campo y de los habitantes de la ciudad. Agua para el riego de los valles y la vida de los cultivos y de los animales. Agua para el consumo del hombre y para sus usos domésticos. Agua que se pierde en Pasto Grande y no se trae a Moquegua, pretendiendo los intereses vecinales, extraños a su territorio llevársela. Obligación imperiosa de todo Moqueguano, es defender sus aguas y luchar porque ellas vengan a sostener los cultivos de Moquegua e Ilo. Y un canal de irrigación, al decir de los entendidos, no es sino un paliativo a la solución acuífera de dichos valles. Cerca de cuatro mil hectáreas cultivables de Torata, Moquegua e Ilo, y doce mil más en las lomas del puerto, esperan sedientas el líquido elemento que se pierde en la serranía de Moquegua, aumentando en desperdicio inexcusable las aguas del río Tambo y cuyo aprovechamiento a lo largo del recorrido del Tambapalla hasta el mar, constituiría un factor decisivo en la completa recuperación de la agricultura, base y sustento primigenio de la economía de los pueblos de Moquegua e Ilo.

o o o o o

Puno y Moquegua, Moquegua y Bolivia, estuvieron unidos desde años que se han perdido del recuerdo, por el camino que la planta del hombre y los cascos de las acémilas y las recuas, señalaron por las subidas y bajadas y por los llanos y hondonadas de su agreste geografía. De Bolivia, llegaban a Moquegua el estaño, los muebles cochabambinos y otros productos, y de Moquegua los vinos y aguardientes llevaron su fama a las tierras frías del Altiplano, como vitalizador inicio de un intercambio comercial que los años de la guerra con Chile y posteriores a ella habrían de interrumpir. Necesidades regionales que se complementan, han hecho elevar con insistencia el clamor de Puno y Moquegua e Ilo, para quedar unidos por la carretera que se adentre en el corazón mismo de dos pueblos que la historia y la geografía unió: Moquegua y Puno.— Moquegua, para ofrecerle a la milenaria ciudad andina, la bondad y hospitalidad de su suelo y las excelencias de su bahía en Ilo; la belleza de su campiña con sus jardines y huertos que se estremecen con la brisa, y embriagan con sus fragancias y la ambrosía de sus frutos; las riquezas de sus aguas con sus barcas pescadoras, que despertar podrían algún recuerdo de su mítico Lago, con sus pistorescas y

balanceantes balsas de totora. Y Puno, para ofrecer a Moquegua, los productos de su meseta y la blancura inmaculada de sus nieves; el espejismo marino en su Lago de leyenda y la imponente soledad de sus pampas con su ichu y sus auquénidos que otean hacia la altura como si conversar quisieran con Dios, y en cuyo mirar impávido y en su lento y airoso caminar, parecería reflejarse el andar majestuoso y el noble y altanero continente de las bellas ñustas del sagrado Imperio del Sol.

Tierra de gloria es Moquegua, por sus hechos históricos, por sus gestas gloriosas y por sus hombres ilustres. Es Moquegua tierra de sol y de fértil campiña; de mar tranquilo y de rica cordillera; de bellas mujeres, variados productos y necesidades mil; tierra de hospitalaria acogida para el foráneo y de grande magnanimidad para todos; tierra que se acongoja con las angustias y extiende dadivosa su mano al necesitado; tierra que ha marchado siempre a cuestras con sus inquietudes y sus problemas; con sus tribulaciones y esperanzas. Es la tierra que todo moqueguano quiere hacer resurgir con su aliento, con su esfuerzo y con su pujanza, con alguna ayuda y con sus propias posibilidades, con la cooperación y la comprensión de toda la comunidad y con la necesaria, pero con frecuencia limitadísima cuando no esquiva ayuda estatal. Es la tierra en la que ninguno de sus hijos quisiera ver ponerse el sol.

Ya no es Moquegua un punto geográfico más que se pierde en insignificancia en la intrincada nomenclatura de la rugosa geografía del país. La prensa, la radio y el télex difundieron desde Noviembre de 1976 el nombre de Moquegua de uno a otro confín del mundo, asociándolo al rico yacimiento cuprífero de Cuajone. Ya no es tampoco Moquegua, el espejismo de un oasis que venía reflejándose en la lejanía del horizonte de su futuro. Porque la riqueza y el trabajo, la prosperidad y la acción que engrandecen, han perfilado ya su mole gigantesca en la serenidad azul de su cielo andino. La máquina viene gimiendo y horadando las entrañas de la Cordillera, arrancando con sus uñas mecánicas las riquezas que avarienta encierra. El hombre de distintas latitudes ha venido acudiendo a este nuevo "El Dorado" que cual atractivo emporio de fortuna se levanta. Surgirán caballeros de nuevo cuño y el oriundo del lugar será forastero en su propia tierra. Pero el espíritu que siempre animó a los hijos de esta circunscripción; debe supervivir, levantando sobre el relumbrante edificio de grandeza material que se construya, la cúpula de los valores morales que dieron a Moquegua prestancia y singularidad: su sentimiento religioso no perdido, su generosa hospitalidad nunca olvidada y aquel innato don de gentes que siempre caracterizó a los auténticos caballeros de corazón.